#01
ISSN en trámite.

CUADERNOS
PARA EL DEBATE

La evaluación académica en foco

2DA EDICIÓN

Javier Blanco
Susana García Salord
Prólogo de **María Luz Ruffini**
y Javier Blanco

ADIUC
GREMIO DE LOS DOCENTES E INVESTIGADORES UNIVERSITARIOS DE CÓRDOBA

Instituto Oscar Varsavsky

CUADERNOS
PARA EL DEBATE

JUNTA EJECUTIVA DE ADIUC

Secretarios/as

Secretario General
Javier Blanco

Secretaria Adjunta
María Teresa Bosio

Secretaria Gremial
Leticia Medina

Secretario de Administración y Finanzas
Pablo Facundo García

Secretaria de Acción Social
Ana Elisa Arriaga

Secretario de Comunicación,
Cultura y Derechos Humanos
Daniel Tortosa

Secretario de Políticas Universitarias
José Pablo Carro

Secretario de Escuelas Preuniversitarias
Luis Dante Alveroni

Vocales Titulares
Araceli Acosta
Tomás Torres
Grisel Carrera

Cuadernos para el debate

Director
Javier Blanco

Coordinadora de edición
Valeria Meirovich

Editoras
María Laura Pellizzari
María Luz Ruffini

Diseño e ilustraciones
Martín Villarroel Borgna

Cuadernos para el debate es una publicación del **Instituto Varsavsky** de la **Asociación de Docentes e Investigadores Universitarios de Córdoba**,
Av. Haya de la Torre esq. Av. Rogelio Nores Martínez, CP 5000, Córdoba, Argentina.

ISSN en trámite.

Tel. **(54-351) 468 1439.**
Correo electrónico: **varsavsky@adiuc.org.ar**

Cuadernos para el debate digital:
www.adiuc.org.ar

CUADERNOS
PARA EL DEBATE

La evaluación académica en foco

2DA EDICIÓN

Javier Blanco
Susana García Salord
Prólogo de **María Luz Ruffini**
y Javier Blanco

1

ADIUC
GREMIO DE LOS DOCENTES E INVESTIGADORES UNIVERSITARIOS DE CÓRDOBA

Instituto Oscar Varsavsky

09 PRESENTACIÓN
Debates impostergables sobre ciencia, tecnología y sociedad
Instituto Varsavsky

13 PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN
Para muestra basta un botón
María Luz Ruffini, Javier Blanco

17 **El malestar en la cultura académica**
Javier Blanco

29 **Pensar en cambiar. Hacia una evaluación diagnóstica y formativa**
Entrevista a Susana García Salord

41 **Bio**

PRESENTACIÓN

Debates impostergables sobre ciencia, tecnología y sociedad

Instituto Varsavsky
Mayo 2013

> **"El esfuerzo por desarrollar la investigación seria del cambio total puede producir, a plazo no muy largo, una ciencia no sólo revolucionaria sino revolucionada."**
>
> **Oscar Varsavsky**

Hace poco más de un año, cuando asumimos la conducción de ADIUC, comenzamos a impulsar actividades centradas en el debate sobre cuestiones relevantes de la labor docente. En este marco, las iniciativas de participación y formación continua evidenciaron la necesidad de pensar colectivamente la realidad científica actual, las instituciones que financian los proyectos de ciencia y técnica, y las formas de evaluación académica que sostienen dichas instituciones y que cada vez perméan más en las universidades. Esperamos que estas iniciativas colaboren en la construcción de un proyecto nacional de ciencia y técnica.

La creación del *Instituto Oscar Varsavsky* bajo la dirección del Dr. Javier Blanco se propone recuperar los temas que marcaron el debate público acerca de política científica y académica en nuestra región. A fines de la década del 60 y comienzos del 70, las reflexiones de entre otros Jorge Sábato, Amilcar Herrera, Rolando García, Manuel Sadosky y, por supuesto, Oscar Varsavsky, trascendieron el campo académico y se instalaron en ámbitos institucionales, partidos políticos e incluso en la opinión pública. Muchos de estos debates son hoy tan pertinentes como entonces y aún más urgentes, dada la creciente centralidad del proyecto científico y tecnológico en la sociedad actual.

Oscar Varsavsky sostuvo desde siempre la necesidad de pensar las actividades humanas, especialmente la ciencia y técnica, en función de su aporte a la construcción efectiva de un proyecto de sociedad cuyas características se hubieren definido previamente. En parte, esto significa al menos plantear alternativas al actual orden de cosas y enfrentar la falsa conciencia técnico-económica de que sólo hay un camino posible y seguirlo es sinónimo del "avance" de la ciencia. En homenaje al pensador que manifestó claramente cuáles eran las críticas y deficiencias de algunas normas vigentes en el desarrollo de la ciencia, creemos que es valioso invitar a la comunidad de la UNC a discutir, acordar y producir una realidad diferente donde se estimule la creatividad del científico y su sentido nacional desde el "estilo epistemológico" de transparencia, participación y exhaustividad que caracterizó a Varsavsky.

Este Instituto nace entonces con el objetivo de desarrollar actividades de investigación social y educativa, de formación en política científica y de promoción de una discusión pública sobre el tema, tanto en la UNC como en otras universidades públicas argentinas, en colaboración para esto último con el Instituto de Estudios y Capacitación (IEC) dependiente de CONADU y con otros espacios de reflexión sobre el tema que están apareciendo en nuestro país. Se trata de generar un espacio abierto de debate, realizar investigaciones, análisis y propuestas que orienten el rumbo a seguir y, fundamentalmente, establecer un ámbito en el que la participación dinámica sea característica y punto de partida para pensar la política científica aquí y hoy.

La evaluación académica en foco

En nuestra primera edición de Cuadernos para el Debate, elegimos pensar(nos) en el síntoma del malestar. ¿Cuál es la lógica detrás de nuestra práctica cotidiana como docentes investigadores? ¿Existen formas alternativas al modelo vigente en la trayectoria académica? ¿Cuáles son los límites de acción que se impone la universidad a través de la estructura que determina la evaluación sumativa? ¿Es posible hoy plantear orientaciones, prioridades e interacciones en investigación que respondan a demandas de un proyecto nacional (e incluso latinoamericano) democráticamente construido? ¿No estamos reduciendo la acción de las universidades al conjunto de investigaciones que coinciden con los criterios de maximización de producciones aisladas? ¿Desde qué perspectiva es conveniente plantear los temas de investigación? ¿Exclusivamente desde los enfoques que desafían internamente a la disciplina, o también desde aquellos en los que las disciplinas son requeridas para abordajes desde la complejidad de los problemas sociales? En los dos artículos de este cuaderno, intentamos dar cuenta de las características del sistema de evaluación actual y de alternativas al status quo para abrir un debate desde la reflexión sobre

las preguntas y las prácticas cotidianas en la que estamos inmersos. La lógica de trabajo a la que Susana García Salord llama "evaluación sumativa" comienza con la construcción del curriculum vitae (CV) como modelo oficial de presentación pública para quienes desarrollan sus actividades en la academia, generando efectos prácticos, sociales y simbólicos propios del "discurso sobre sí mismo". Este formato presenta inconvenientes de orden teórico y político que proponemos abordar en las siguientes páginas para invitar a un debate. La estructura evaluativa actual asume que se está midiendo la elaboración de nuevos conocimientos, ponderables sólo por sus cualidades intrínsecas y no en relación a valoraciones, al cómo, para qué, y para quiénes pueden ser puestos en juego los nuevos conocimientos en la vida social. Una tentación puede ser pensar que se trata de un problema de "aplicación" del conocimiento, cuya responsabilidad no corresponde ya a quien lo genera. Esto supone que la motivación para conocer es solo interna al campo de conocimiento, que es posible un aislamiento del saber académico del sentido social que al mismo se le otorgue y de los sentidos políticos con que se pongan en juego. ¿Cómo plantear estas conexiones, mutuas irritaciones o influencias entre las prácticas específicamente académicas y las más amplias prácticas sociales y políticas del país en que se vive? Para invitar a la discusión, resulta útil distinguir entre lo que se podría llamar una autonomía epistémica propia de cada disciplina, la que supone la especificidad de sus métodos y la delimitación de su campo de conocimiento, de otra autonomía, la autonomía política, propia de una sociedad política constituida como Estado a la que deben enriquecer, subordinarse y aportar las diversas autonomías epistémicas. ¿Cómo articular estas diversas autonomías? A esta tarea debería aportar un sistema de evaluación científico y tecnológico, contribuyendo a poner en sintonía las demandas de calidad de cada disciplina con los requerimientos de calidad propios de un proyecto nacional que se orienta a asegurar el bienestar de todos, superando la concentración de poder y de riquezas a la que asistimos después de más de doscientos años de formidable desarrollo científico y tecnológico. ¿Puede una universidad constituir entre sus facultades, estudiantes e investigadores una comunidad en donde se discuta colectivamente qué es la universidad y cuál es su lugar en la sociedad? De eso se trata nuestra apuesta. ●

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Para muestra basta un botón

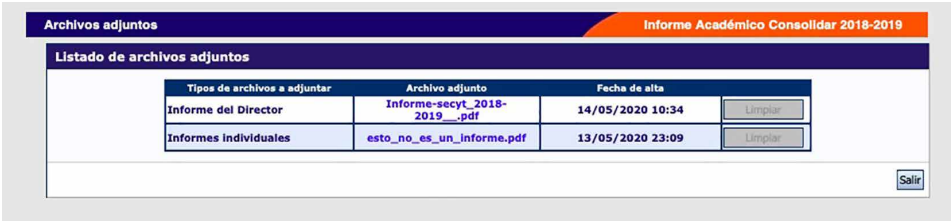
María Luz Ruffini y Javier Blanco
Junio 2020

La evaluación académica, con sus grillas que llevan al paroxismo, la estandarización y elevan la cuantificación a forma última de ponderación del – irreductiblemente heterogéneo- hacer de docentes e investigadores, es objeto esporádico de críticas y cuestionamientos, mientras que la mayor parte del tiempo la naturalización de tal entramado es innegable. Por caso, los sistemas informáticos como emergentes técnicos de este devenir, permiten observar con cierta claridad el proceso de cristalización de un modelo o concepción de la medición de la producción académica, el cual refuerza o induce prácticas que terminan internalizándose en quienes investigan. Y recordemos que toda internalización corre el albur de volverse invisible, tácita.

En particular, el SIGEVA (Sistema Integral de Gestión y Evaluación) se instaló en Argentina primero en CONICET -desde 2005- y luego en las universidades públicas nacionales, convirtiéndose de hecho en el standard privilegiado para la evaluación académica en nuestro país. Y si bien las críticas a su implementación fueron múltiples y de raigambre muy diversa, un espíritu de resignación al dictum burocrático que esa grilla impone es dominante en estos tiempos.

Una gráfica muestra de ello se halla en el caso –hay muchos más que podríamos traer a colación- de la presentación del informe académico de proyectos de investigación de la Universidad Nacional de Córdoba correspondientes al período 2018-19. En esta oportunidad, además del tildado de algunos ítems y el trabajo de recolección que hace el sistema de los registros individuales de producción, se solicitó la carga de dos archivos con informes por parte del director (sic) del proyecto, uno de los cuales sólo debía ser adjuntado en un caso específico -de las múltiples combinaciones posibles de tipos y grados de avance-. En todas las otras situaciones, de acuerdo al instructivo, se requería subir un archivo en blanco.

El "botón" del SIGEVA



El instructivo para el informe 2018-2019 (énfasis amarillo en el original)

Archivo adjunto 2: Informes individuales

Solo Proyectos Consolidar finalizados. El resto debe adjuntar un archivo en blanco.
No deberá superar 1 página por integrante.
Cada integrante del proyecto deberá efectuar un informe detallando su producción científico-académica en el período, su aporte al proyecto acreditado y su actividad docente.
Se deberán unir en un solo archivo los informes individuales de los integrantes para poder adjuntarlos al informe.

Desde un punto de vista informático, la condición es tan específica que haría falta apenas una línea de código para que el programa sólo requiriera subir el archivo cuando fuera necesario y no hacer nada en los otros casos, pero por algún motivo parecería existir una decisión tomada (¿dónde?, ¿por quién?), según la cual es mejor o "más fácil" modificar el instructivo y exigir de manera inapelable que miles de investigadoras e investigadores realicemos un acto absurdo: crear un pdf en blanco, ponerle nombre y cumplir con el ritual que nos proyecte satisfactoriamente al nuevo bienio de financiamiento y aval institucional de nuestras investigaciones.

Puede que esto sea mera desidia de quienes programan y mantienen el sistema -aunque, si así fuese, es posible reconocer cierto método en ella-, o bien que los trámites burocráticos para cambiar una línea de código sean más complicados que los necesarios para modificar el instructivo y conminar a investigadores. En cualquier caso, esto no es algo aislado y, ciertamente, resulta sintomático que pase casi desapercibido o como mero accidente esperable en los procesos investigativos.

En efecto: la reiteración de este tipo de situaciones, a primera vista insignificantes, nos interpela a renovar la alerta en torno a la naturalización de ciertas dinámicas y sus consecuencias, quizás con particular centralidad en lo referido a la extrema homogeneización, enajenación e individualización ínsita a los procesos de evaluación más generalizados, junto con la creciente pérdida del control de los tiempos y las formas en el trabajo cognitivo (lo que quizás puede llevarnos a pensar en los inves-

tigadores y las investigadoras ya no como “empresarias de sí mismas” sino como “proletarias de sí mismas”).

Mucho para reflexionar partiendo de la asunción de la docencia y la investigación como trabajo, apostando a la desacralización de una labor que, a todas luces, está sujeta a ciertas condiciones, entramada en relaciones de poder, atravesada por ideologías que tienden a legitimar un cierto estado de cosas y a favorecer ciertas trayectorias y modos de trabajo en desmedro de otras. A pesar del acuerdo fundamental sobre estas cuestiones en la comunidad universitaria y el mundo científico con espíritu crítico, suele aparecer cierta paradójica resistencia a explicitar y debatir en profundidad los criterios de valor que se hallan en la base del trabajo académico.

En contraste, entendemos que resulta fundamental en estos tiempos apostar no sólo por el pensamiento en torno de las posibles formas de implementación, al decir de García Salord, de una evaluación diagnóstica y formativa en lugar de una puramente sumativa (en la que se enmarcaría, desde ya, el mítico SIGEVA), sino también tener la apertura y la humildad de volver a pensar la pertinencia, las posibilidades de articulación intra y extra académicas, el valor social y situado de nuestra producción cognoscitiva. Sirvan las páginas que siguen -escritas hace ya algunos años pero que mantienen, en línea con lo antedicho, innegable actualidad y fecundidad- como un aporte en esa dirección.

El malestar en la cultura académica

Javier Blanco

En las últimas décadas se ha venido cristalizando un sistema de acreditación académica cuya conformación se origina sobre todo en las ciencias exactas y naturales, en particular la producción en laboratorios de investigación. Tal sistema se ha permeado en todas las disciplinas, aún aquellas cuyos métodos de trabajo son diferentes y en diversas instituciones, en particular en las Universidades, a pesar de que sus funciones son mucho más amplias. La creciente hegemonía de las concepciones de investigación que sustentan este modelo vuelve cada vez más difícil la integración de las diferentes actividades de los docentes e investigadores universitarios, propiciando que se desperdicien esfuerzos y que se distribuyan reconocimientos de manera unidimensional, asociados solo a los productos acreditables de la actividad de investigación. Se pone así en riesgo el indispensable rol social de las Universidades y se penaliza en su carrera académica a quienes lo siguen sosteniendo. Esta manera de acreditar toma la forma de lo que Susana García Salord denomina *recuento curricular*, método que ha ido desplazando a las diferentes formas de evaluación existentes desde siempre en las Universidades.

Este estado de cosas parece estar dando lugar a cierto malestar entre los mismos académicos que, pese a que se vuelve cada vez más explícito, aún no ha cobrado la forma de un programa para el cambio de las condiciones de producción, circulación y aplicación del conocimiento. A pesar de no contar aún con un discurso alternativo articulado, las disidencias o al menos las disonancias son cada vez más audibles. Ejemplo de esto ocurrió cuando a principios de 2012 desde el gremio de docentes universitarios de Córdoba hicimos circular una crítica a la incorporación del software SIGEVA para completar el curriculum vitae para la solicitud de subsidios de investiga-

ción (y posteriormente para la evaluación de la carrera docente). Una gran cantidad de docentes suscribió esa crítica y por un tiempo se discutió colectivamente en las diferentes unidades académicas acerca del tema. Luego, pasadas las fechas de llenado del sistema, la dinámica misma de las actividades universitarias volvió a dejar el tema en estado latente. Esta manera de aparición -esporádica y a veces espasmódica- de críticas al sistema académico parece ser una constante.

Las herramientas informáticas de carga de curriculum o de armado de proyectos son, sin embargo, solo un emergente de cierta orientación general de la academia actual: discutirlas, mostrar sus sesgos, sirve para dar cuenta de los síntomas, para ayudar a develar la lógica subyacente, pero es ilusorio pensar que mejores herramientas producirán per se un esperado cambio (¿esperado? ¿por quiénes?). En este ensayo me propongo mostrar algunas de las características más preocupantes de este estado de cosas y presentar algunas líneas generales de como crear los antídotos y abrir otro espacio de posibilidades.

Números, números, números

Podemos encontrar, en primer lugar, una cierta auto-referencialidad en la (pregonada) definición colectiva de los criterios de evaluación de la propia actividad. El co-gobierno de las instituciones universitarias y la participación en comisiones evaluadoras en los organismos que financian la investigación, nos pone, periódicamente, en el lugar de elegir esos criterios. Sin embargo, la ausencia de espacios de discusión colectiva, de una circulación masiva de ideas y alternativas, lleva a una elección individual, aislada, usualmente disciplinar (y disciplinadora). Estas actividades cumplen un rol decisivo en dar forma al sistema académico: concursos, control de gestión, subsidios, la evaluación por pares (aunque, parafraseando a Orwell, algunos sean más pares que otros). En este contexto, uno de los gestos más repetidos es el de buscar formas "objetivas" y pre- establecidas de evaluar, en lo posible de fácil cuantificación. Los concursos, los otorgamientos de subsidios y becas, requieren de una "grilla" que permita justificar el proceso de toma de decisión. En algunas instituciones, dicha grilla es una exigencia burocrática, los jurados tienen que proveerla: desglose o postergación de un ineludible juicio binario u ordinal, cesión a la mitología del número como último árbitro inapelable, reducción de la heterogeneidad de los saberes, los discursos e incluso a veces del pensar, a lo elemental de un orden total y aditivo. La declamación de necesidad de dicha cuantificación, tanto del lado de los tribunales como de quienes son juzgados, parece ser un ejemplo más, particularmente sintomático, de la afirmación de Badiou de que el número es hoy lo impensado, forma de existencia ubicua que se impone en diversas áreas del conocimiento.

La cuantificación, quizá a veces de manera solapada, funciona como criterio de justificación en las producciones científicas y, simétricamente, se usa como forma de evaluación del valor de la producción académica. Esta mistificación del número como supuesto testimonio de objetividad y neutralidad científica, reforzado en su duplicidad de método de justificación interna y de árbitro de evaluación de los investigadores, presenta un obstáculo formidable al desarrollo sostenido de un pensamiento alternativo sobre la actualidad y el horizonte de la actividad académica. Contar presupone cierta homogeneidad en lo que se cuenta, produce una "ontología operativa" que instaura equivalencias espurias además de una compulsión a la comparación entre producciones a priori incomparables. El problema mas serio de este tipo de evaluación ("mejorada" con el uso de todo tipo de índices) es que produce un mecanismo de selección que va excluyendo cualquier heterodoxia y condiciona a los científicos a trabajar de una manera auto-restringida, especializada, repetitiva (las obvias excepciones no refutan este estado "normal" de cosas).

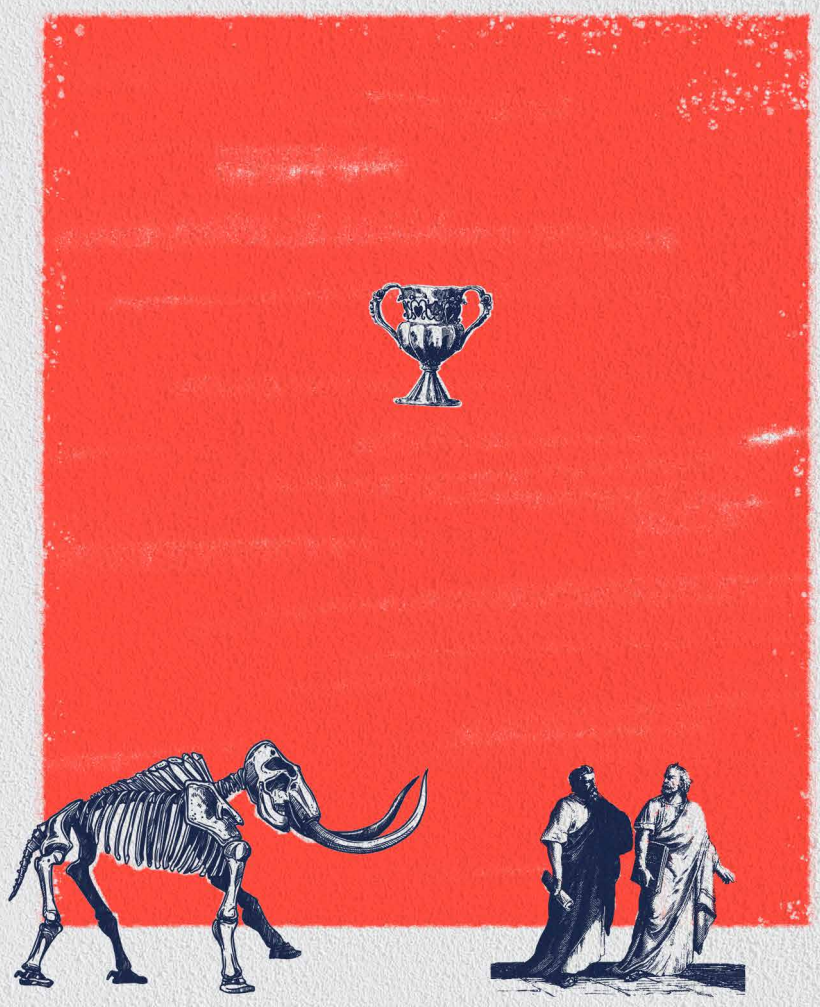
La ausencia de espacios de discusión colectiva,
de una circulación masiva de ideas y alternativas,
lleva a una elección individual, aislada,
usualmente disciplinar (y disciplinadora).

La resistencia a una puesta en juego abierta de los propios criterios de pertenencia de una comunidad que dispone de la posibilidad de pensar(se), de colectivamente construir sentidos que la constituyan y la relacionen es, en si misma, una renuncia a su responsabilidad social, al rol a veces implícitamente establecido, de producción, difusión y crítica del conocimiento, de los saberes socialmente relevantes. Aunque superficialmente parezca paradójico, la busca de condiciones objetivas de evaluación parece terminar esclerosando el sistema académico, volviéndolo particularmente reactivo al cambio, dificultando la aparición de nuevas formas. Es posible que la misma dinámica de la comunidad académica haya ido perfeccionando estos mecanismos volviéndolos más efectivos, y por consiguiente haciendo cada vez más remota la pregunta por los fines, la cual también debería ser considerada dentro de la misma academia (¿dónde sino?). Esta tendencia a fijar de manera *administrativa*, los criterios de evaluación, parece la última cesión al fetichismo de la mercancía simbólica que estructura el sistema.

La evaluación se basa en la constitución del individuo como depositario de valor simbólico acumulable a través de la acreditación de la producción científica. Las cri-

sis del capitalismo, los cuestionamientos a la preeminencia del valor de cambio de la mercancía, parecen desaparecer en este ámbito para dar lugar de manera cruda a la circulación de la mercancía simbólica y a los concomitantes procesos de acumulación de capital. Reaparición del nombre y del linaje, formas quizá precapitalistas (y que, análogamente, obstaculizan el desarrollo de las "fuerzas productivas") pero que son capaces de funcionar cada vez más en conjunción con la apropiación de plusvalor proveniente de subordinados en la ubicua jerarquía académica. Espacios sociales donde ni siquiera impera el liberalismo político o la democracia parlamentaria. Institutos de investigación, proyectos subsidiados, incluso algunas cátedras, son espacios donde todas las decisiones recaen en el "investigador responsable", donde el valor de las opiniones del resto de los participantes suele quedar a su arbitrio. Estas formas autoritarias tardías y quizá inesperadas, ¿serán un síntoma revelador de una lógica sistémica subyacente *justo ahí hoy*? (pienso en la afirmación de Habermas de que la ciencia y la técnica actuales conforman la principal fuerza productiva). Es posible que las jerarquías institucionales hayan estado siempre presentes en la academia, pero no deja de ser intrigante que persistan hasta hoy, que se hayan acomodado a nuevas formas discursivas, que coexistan con instituciones más democráticas como son las universidades actuales, al menos en Argentina, y ejerzan sobre ellas una notoria influencia. El "mérito" funciona como mito habilitante, permite soslayar la puesta en discusión de la relevancia de las actividades y la "lentitud" de las instituciones democráticas. No es que haya o no haya mérito en la investigación científica (en todas sus formas), pero no es algo a priori medible, comparable, no sirve como criterio de demarcación, sobre todo porque con el tiempo el mérito se ha ido convirtiendo en la mera adecuación a criterios de medición de al menos dudoso origen e inciertos fines sociales.

La metáfora del capital simbólico permite des-sacralizar la producción de conocimiento, desterrar del Olimpo a los científicos y re-ubicarlos en el terreno de las disputas políticas del cual siempre fueron parte (quitándoles ese arma del discurso anclado en la neutralidad y desinterés de la empresa científica, tan insostenible como efectivo). Es necesario, sin embargo, dar cuenta de los límites de esta metáfora, de ciertas diferencias esenciales. Puede pensarse que el paper sería el equivalente a la mercancía, tiene un valor intrínseco ya que de alguna manera representa trabajo abstracto (¿socialmente necesario?) acumulado, y representa valor simbólico de cambio, se acumulan y se transforman en subsidios, ascensos, becas, premios. Sin embargo no establecen relaciones de equivalencia, no se pueden intercambiar tres papers de geometría diferencial por dos de filología griega. Obviedad esta que no parece hacer mella a los intentos de medir (¿para planificar?) los indicadores de producción científica, los índices producidos por una cada vez más obsesiva burocracia académica. La medición presupone conmensurabilidad entre diferentes trayectorias,



establece, por un artilugio de las propiedades de la herramienta (el orden entre los números), una idea de posible comparación descontextualizada, abstracta, independiente de objetivos o necesidades. Tener formas de medir puede ser útil para planificar la economía, donde si bien no es lo mismo una levita que cinco varas de lienzo, el valor de ambas puede equipararse. Cuando se planifica un sistema científico, lo cualitativo es esencial, no puede resolverse con meras mediciones. Establecer un perfil único al que hay que llegar independientemente de la disciplina, del área de aplicación, de la zona del país en la cual se trabaja, cercena la posibilidad de mejores interacciones entre disciplinas y con el resto de la sociedad, además de producir una orientación que no necesariamente coincide con las necesidades locales. Este estado de cosas parece haber sido reconocido por el Ministerio de Ciencia y Técnica con la creación de la carrera de tecnólogo al interior del Conicet, cambiando las formas de evaluación para ellos. Medida importante que pone de manifiesto un síntoma y un problema aunque sea a todas luces insuficiente.

Cuando se planifica un sistema científico, lo cualitativo es esencial, no puede resolverse con meras mediciones. Establecer un perfil único al que hay que llegar independientemente de la disciplina, del área de aplicación, de la zona del país en la cual se trabaja, cercena la posibilidad de mejores interacciones entre disciplinas y con el resto de la sociedad.

Siguiendo ideas de Bourdieu, podemos considerar al campo científico como una red o configuración de relaciones objetivas entre distintas posiciones, las cuales quedan definidas tanto por su situación presente como por su potencial en la distribución de capital y de poder, y por su relación con otras posiciones. La evaluación académica funciona en este campo como uno de los determinantes más fuertes para esa configuración relacional. La manera cuantitativa y nominal hoy imperante parece constituir sobre todo relaciones jerárquicas o directamente de dominación, endureciendo también la estructura de las distintas posiciones. Si bien puede haber movilidad y variaciones, el férreo control evaluativo restringe sus grados de libertad de manera drástica, condicionándola a seguir los modelos imperantes. Este condicionamiento es por supuesto efectivo en quienes se adecuan o intentan adecuarse a los patrones imperantes, pero también funciona en quienes buscan seguir otros recorridos, ya que el reconocimiento --tanto simbólico como material-- es menor y eso va entor-

peciendo sus carreras, reduciendo sus posibilidades de reproducción y poniendo a veces en duda la pertenencia a las instituciones académicas.

¿Cómo puede estructurarse el sistema académico para que el conocimiento no se "almacene" en compartimentos estancos, para que la circulación de ideas entre diferentes disciplinas y diferentes posiciones de enunciación adquiera fluidez? ¿Permitiría esto al menos pensar la relevancia social del conocimiento y habilitar espacios de diálogo con actores "externos" indispensables para que las tareas de los integrantes de las comunidades académicas puedan ser reconocidas como necesarias para el cambio social (incluso por esos mismos integrantes)?

Adueñarnos de la memoria

La historia del pensamiento sobre estos temas -temas que son difíciles de encuadrar- ha sido una historia interrumpida, fragmentaria. Las interrupciones ocurrieron tanto en el propio devenir de la comunidad (mayormente por razones exógenas) como en la constitución de cada uno de los sujetos que encarnaron esta historia. Recuperar esos fragmentos, adueñarse de esa memoria siguiendo el consejo de Benjamin, parece condición necesaria para destrabar las interrupciones que aquejan la cotidianidad de los docentes-investigadores actuales, buscar un sentido a una serie de actividades que se nos presentan des-historizadas -elididas las disputas que les dieron forma- y, como una consecuencia de este estado de cosas, inconexas. El reciente libro de Diego Hurtado sobre la historia de la ciencia argentina va claramente en esa dirección.

Las batallas de Varsavsky en contra de los complacientes mitos de la neutralidad de la ciencia, de la objetividad de la evaluación científica, de la elección libre de los temas de investigación, fueron batallas perdidas hace bastante, y como consecuencia quedó establecido una especie de sentido común académico que reduce la calidad científica a criterios productivos y destierra cualquier crítica

El nombre de Oscar Varsavsky opera hoy como significante disruptivo y anacrónico, tanto si es visto como esperanza o como amenaza. Consecuente y arriesgado pensador heterodoxo, sus múltiples incursiones abrieron caminos promisorios en el

pensamiento político de la ciencia que casi no hemos podido empezar a recorrer: el establishment político y científico se alió en una santa cruzada para intentar ir cerrándolos, con relativo éxito. Las batallas de Varsavsky en contra de los complacientes mitos de la neutralidad de la ciencia, de la objetividad de la evaluación científica, de la elección libre de los temas de investigación, fueron batallas perdidas hace bastante, y como consecuencia quedó establecido una especie de sentido común académico que reduce la calidad científica a criterios productivos y destierra cualquier crítica, en general recurriendo a vagos criterios de autoridad, variables según convenga a la ocasión.

En el recientemente reeditado "librito", *Ciencia política y cientificismo*, Varsavsky caracteriza y caricaturiza algunas posiciones respecto de la ciencia, hablando de fósiles, totalitarios y cientificistas, acerca de las cuales no voy a abundar aquí, en particular dado que la fuente original es accesible y amena. Menciono la operación ideológica que denuncia en el libro y que, de tan exitosa, sigue funcionando silenciosamente por detrás de muchas actitudes derogatorias frente a cualquier cuestionamiento al consolidado status quo. Los cientificistas atacaron a los fósiles usando como herramienta la "objetividad científica" (subrepticiamente convertida en la "objetividad de la evaluación científica") acusando de totalitarismo a cualquier intento de pensar la dirección de la ciencia o la pertinencia de las investigaciones (amparados en el bien publicitado caso Lisenko y en cierta actitud refractaria a las posiciones políticas explícitas en la comunidad académica, la cual termina lamentablemente sucumbiendo en la ideología dominante, o meramente en la ideología, si entendemos a esta, con R. Barthes, como las ideas o posiciones de la clase dominante, nunca adecuadamente formuladas). Esta manera de postular el programa cientificista tuvo al menos la virtud de ser explícita y por lo tanto discutible, algo que cambió drásticamente en el presente. Hoy, los intentos de discutir el problema de la pertinencia de las investigaciones chocan con una suspicacia inmediata por parte de los científicos y con el mito de que eso retrasaría el avance de la ciencia. Avance hacia dónde, podemos preguntarnos, nadie supuestamente sostiene ya el modelo lineal de progreso científico, pero sigue funcionando en estas metáforas.

Escribe Christian Ferrer:

> *Las críticas de Varsavsky y Feyerabend se descargaron sobre lo que identificaban como obstáculos epistemológicos y políticos para la ciencia. Tal crítica aún mantiene su vigencia, pues el cientificismo ha cambiado de vestuarios pero no de mañas. Aquello que en los 60 era llamado "cientificismo" sobrevive actualmente bajo la figura del "academicismo", esa práctica universitaria in vitro. Y mientras en los años '60 el método científico y una*

filosofía de la ciencia "dura" eran camisa de fuerza, hoy lo son los constreñimientos institucionales, tanto más peligrosos porque disfrazan sus pretensiones de cientificidad mediante procedimientos burocráticos (jurados secretos, meritocracia letrada –aunque no necesariamente culta–, excelencias derivadas del amaestramiento, etc.) o bien mediante sofisticadas teorías "débiles" o "inciertas", raras epistemologías nuevas para legitimar la narración científica, que hacen tanto más difícil identificar al viejo cientificismo pues se presentan bajo una cortina de humo "neocientífica". En fin, teorías bien dichas y prácticas institucionales mal hechas. En suma, hoy ser cientificista significa someterse al formateo institucional (clase de investigadores ABC1, incentivos: tabulaciones de encuestadores y léxico taylorista) que hace de los científicos y cientistas sociales supervivientes en condiciones sórdidas o bien defensores individualistas de su propia carrera universitaria.

(Christian Ferrer, inconformismo y conocimiento)

El pensamiento latinoamericano sobre ciencia y técnica que tuvo su auge en la década de 1960 y principios del '70 tuvo en Varsavsky uno de sus pensadores más arriesgados, pero contó también con varias figuras importantes provenientes de diversas disciplinas de las ciencias exactas y naturales, de la economía y de la ingeniería. En las dos décadas posteriores se desarrolló, principalmente en Europa aunque tuvo y tiene representantes importantes en Argentina y Latinoamérica, lo que se dio en llamar CTS, estudios sobre *ciencia, tecnología y sociedad*. A diferencia del movimiento previo, los estudios de CTS son realizados principalmente por científicos sociales y le han dado al área un carácter disciplinar más fuerte y fundamentos teóricos provenientes de la sociología, de la economía y de la antropología. Este desplazamiento permitió avanzar en una comprensión más sólida del campo, en problematizar temas como la gestión de ciencia y técnica y en disponer de herramientas más precisas para el análisis del impacto social y económico de las tecnologías.

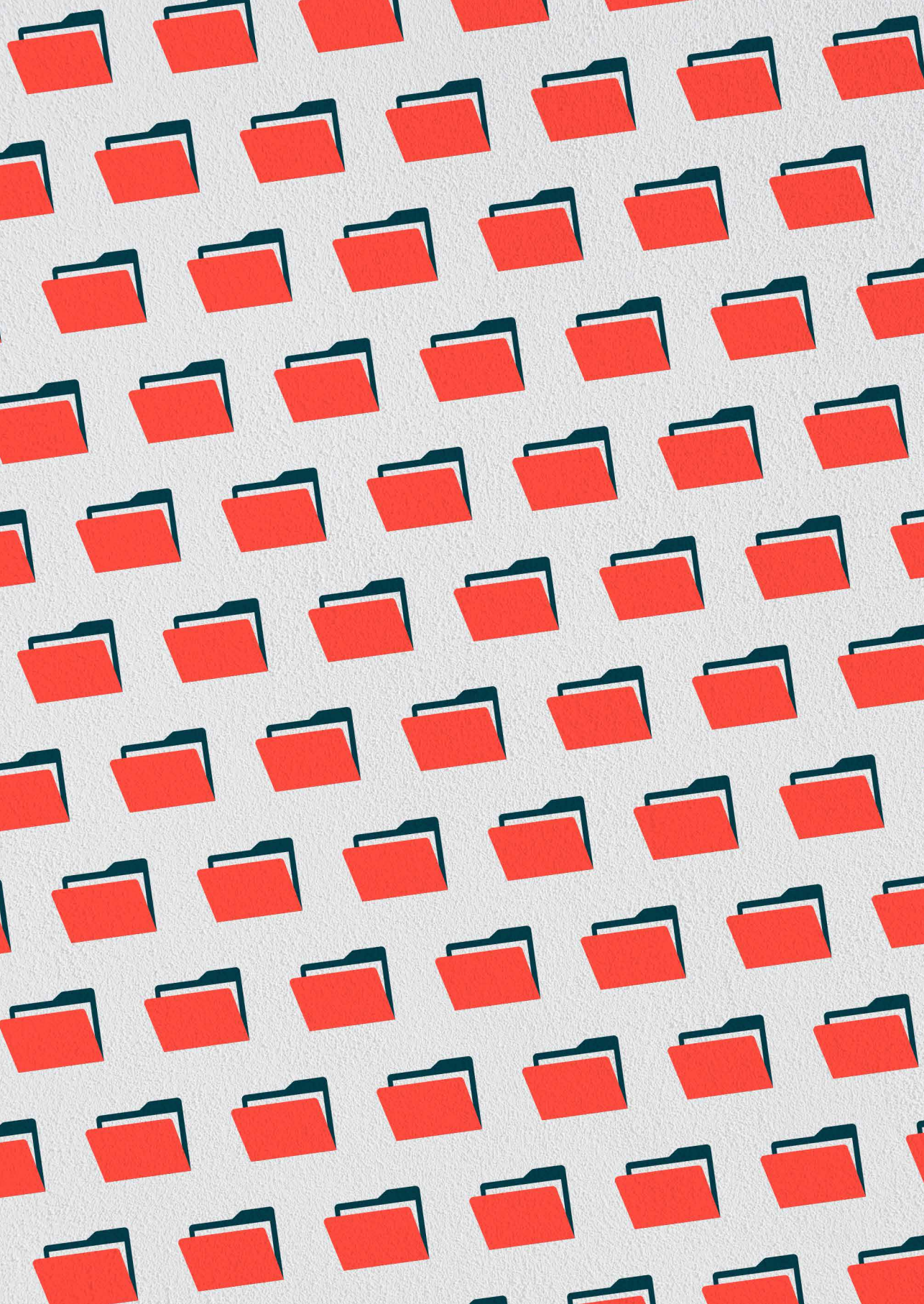
Pese al indiscutible y necesario avance que significaron estas nuevas aproximaciones teóricas y metodológicas, haber pasado a conformar una disciplina decente, con reglas de calidad propias y formas de producción condicionadas por los mismos sistemas de evaluación que se analizan, significó cierta pérdida de iniciativa política. El libro de Varsavsky fue leído por muchos científicos, generó (y aún genera) discusiones acaloradas, interpeló a quienes desarrollaban sus actividades científicas a reconsiderar el rumbo de sus investigaciones o al menos a evaluarlo en términos más explícitos. Los estudios CTS y sus variantes son parte de la tradición científica predominante en la cual, con algunas excepciones, el objeto de estudio se mantiene a distancia. Quizá por la dificultad intrínseca de la tarea, dentro de los estudios de CTS no

se suele poner al propio campo CTS y sus modos de producción y evaluación como objeto de estudio y reflexión. Y aunque esto ocurriere, la práctica científica actual no dialoga con estas miradas, no existe siquiera una corriente de opinión entre los científicos que, basada en el conocimiento acumulado sobre estas cuestiones, plantee alternativas a la forma de producción y de evaluación del conocimiento científico. Hay sí cada vez más cuestionamientos al manejo editorial que vuelve oneroso el acceso a los artículos científicos lo cual al menos genera sospechas acerca de la supuesta objetividad de los índices de medición de la producción académica (también confeccionados mayormente por empresas privadas). Vemos también cada vez más científicos que, individualmente, se apartan de la carrera por publicar lo que sea y se concentran en lo que consideran más relevante social o políticamente, en general a costa de renunciar a algunos lugares de prestigio. Gestos valiosos y valientes que es necesario repetir y rescatar, que invitan a pensar un sistema de acreditación y de reconocimiento multidimensional, donde sea no solo posible sino deseable un camino académico comprometido con el mejoramiento de las condiciones sociales locales.

Inconclusiones y trabajos futuros

Formulo entonces la propuesta programática de activar y colectivizar estas discusiones al interior de la comunidad científica, de asumir el "riesgo" de ralentizar la productividad para poder pensar la orientación y las articulaciones más amplias, de poner en cuestión el dictum heideggeriano de que "la ciencia no piensa" en pos de transformar esa ciencia, localizarla, integrarla explícitamente al contexto. En definitiva, se trata de desmitificarla.

Nos expresa Freud, en el trabajo que parafraseamos en el título, su perplejidad ante instituciones que nosotros mismos hemos creado y que no por ello representan la protección y el bienestar de todos (y todas). Intenté esbozar hasta aquí algunas claves para analizar una de ellas, para retomar un incierto proceso de anamnesis institucional en el que se integre y consecuentemente se actualice el pensamiento latinoamericano sobre política científica que, ya en los '70, permitió vislumbrar otros horizontes de recuperación (o reconstrucción) del potencial revolucionario de la ciencia.



Pensar en cambiar. Hacia una evaluación diagnóstica y formativa

Entrevista a Susana García Salord

A fines de 2012, la investigadora argentina radicada en México Susana García Salord dictó un curso para docentes de la UNC en el marco del Programa de Posgrado Gratuito desarrollado por ADIUC en acuerdo con el Centro de Estudios Avanzados. En esa oportunidad, conversamos con ella acerca de las políticas de evaluación académica en las universidades latinoamericanas, un tema sobre el que ha realizado diversas investigaciones y sugerentes propuestas de acción.

ADIUC: ¿Cómo es que llegaste a trabajar sobre el tema de la evaluación del desempeño académico y cómo se constituye esta temática, no solamente en objeto de preocupación tuyo sino como objeto de estudio?

S.G.S.: El primer estudio que hice sobre evaluación fue en 1988, al colaborar con Larissa Lomnitz, una antropóloga de la UNAM, que tenía el encargo de indagar acerca de ciertos problemas de evaluación, que habían surgido en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de reciente creación. El sistema se creó en 1984 y para 1988 las comisiones dictaminadoras ya habían detectado problemas en la interpretación de los criterios, sobre todo entre los sectores de las ciencias aplicadas y las ciencias básicas. Colaboré en este proyecto y luego tuve que formular mi proyecto de tesis de doctorado, y justo era el momento en el que los programas de becas e incentivos se estaban introduciendo en las principales universidades, como nuevas formas de evaluación académica.

La cuestión se convirtió en un espacio de disputa muy grande en la universidad. Por eso mi proyecto de tesis surge justamente a partir del gran cuestionamiento que había en ese momento. Se decía: "bueno, acá hay muchos académicos pero no todos son académicos", porque sólo un porcentaje muy bajo responde al "perfil de la excelencia", una suerte de modelo ideal de investigador, muy signado en aquella época con las características de un investigador científico y sobre todo del campo de la

Física. Ese es el origen de la inquietud que motiva mi estudio sobre los académicos.

A partir de ese momento, el tema de la evaluación como objeto de investigación tuvo un impulso enorme en el campo de la investigación educativa, de los estudios organizacionales y de la política pública. En la investigación educativa el estudio de las diferentes formas de la evaluación de la práctica docente tenía ya un camino recorrido, y lo que comienza a tener auge son las investigaciones acerca de esas formas de "evaluación académica", que se identifican en los programas de incentivos y que, en rigor, son formas de regulación del trabajo, no de evaluación.

ADIUC: Da la impresión de que hay una larga historia de institución de los programas y las políticas de evaluación académica en México -mucho más que aquí en Argentina, por lo menos- y también que son de larga data los estudios sobre las políticas de evaluación académica que se han constituido como un espacio importante, crítico...

S.G.S.: ya son de larga data y se trata de un campo muy establecido. Se hacen congresos sobre esto, hay asociaciones que tienen áreas dedicadas a todo esto. Digamos que sí, que es un tema recurrente.

Hay un malestar presente en los académicos con respecto a pertenecer a este sistema de cosas, sobre todo por la forma en que cambia el tiempo en la organización de tu trabajo. Todo está ligado a prisas y todo está pautado y regulado por los períodos de evaluación.

ADIUC: ¿Cuáles serían a tu parecer las similitudes y diferencias respecto de las políticas de evaluación académica entre México y Argentina?

S.G.S.: Con respecto a políticas diría que son exactamente las mismas. Son universales, no dependen de la región, no son exclusivamente para la región. Este tipo de políticas están establecidas en todas las universidades del mundo, solo que tienen características particulares en cada universidad. Si hacemos comparaciones entre México y Argentina, por lo que he podido conocer de aquí, creo que hay una diferencia fundamental: en México el porcentaje que los incentivos y las becas representan

en el ingreso de los académicos es del 80% para arriba, prácticamente son la parte más importante del ingreso, ya que el salario base tiene un "tope" oficial y desde hace 30 años no se incrementa más de un 4% anual.

ADIUC: Sin embargo los salarios de los académicos son importantes...

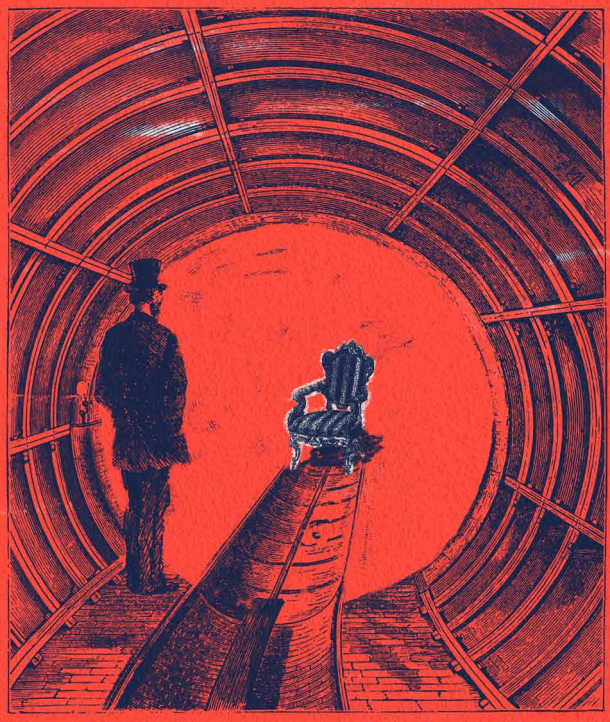
S.G.S.: El salario no, lo importante es el monto de los ingresos por incentivos y por becas. Otra cosa importante son los apoyos adicionales a través de los proyectos financiados, porque te proveen de instrumentos y de condiciones de trabajo muy propicias; puedes viajar a eventos, puedes comprar materiales de trabajo para armar laboratorios, para el trabajo de campo, computadoras, impresoras, etcétera; puedes pagar ayudantes. Estas condiciones de trabajo son redituables económica y simbólicamente para ti, en lo individual, porque te permiten posicionarte mejor laboralmente y en las jerarquías de las becas y de los incentivos. Creo que esas son diferencias muy grandes entre México y Argentina. Pero a pesar de esas diferencias, hay un malestar presente en los académicos con respecto a pertenecer a este sistema de cosas, sobre todo por la forma en que cambia el tiempo en la organización de tu trabajo. Todo está ligado a prisas y todo está pautado y regulado por los períodos de evaluación.

ADIUC: A eso te referías con que esto es universal en el sentido que la lógica es la misma.

S.G.S.: Exacto. Las políticas de evaluación son las mismas, la lógica es la misma. Es instaurar un nuevo orden académico, que está regido por una forma particular de hacer y de entender el trabajo académico, por una forma de organizar el trabajo derivadas de un concepto de evaluación, que es sinónimo de recuento de productividad. Esa es la premisa básica. En ese sentido, en todas las universidades rigen los mismos principios, lo que pasa es que su aplicación depende de la historia misma de cada institución y de cada país también.

ADIUC: En ese sentido, no es lo mismo lo que sucede en la variedad de disciplinas donde nos desempeñamos

S.G.S.: Absolutamente, no es lo mismo. Lo que se ha legitimado es una forma de concebir y de hacer el trabajo, en desmedro entonces de la heterogeneidad que existe en el ámbito universitario. Prácticamente se piensa a toda la universidad como una universidad de investigación y a todos los académicos como investigadores. Entonces



se afecta profundamente el desarrollo de las distintas funciones de la universidad, fundamentalmente la docencia y la difusión cultural; afecta también el desarrollo de la investigación, y no sólo en Ciencias Sociales y en Humanidades, porque esta noción de trabajo académico atenta contra la existencia de la diversidad de trayectorias que son necesarias y posibles en el campo universitario. Lo que nos está afectando a todos es esta lógica homogenizadora, centralizadora, que además convoca a que cada uno trabaje sólo o prioritariamente en pro de su carrera individual. Esta lógica está afectando dos cuestiones: una, la autonomía universitaria, porque las

En este sentido también hay que apuntar que la evaluación diagnóstica y formativa otorga al académico, como protagonista del trabajo, la posibilidad de pensar su trabajo como proceso, como tránsito, como construcción de algo y no sólo como producto final a lograr.

instituciones se someten a los lineamientos de desarrollo establecidos por organismos externos a la Universidad; y otra cuestión afectada es la construcción de la institución: ¿quién se hace cargo de la institución si cada cual está ocupado en su carrera individual? El hecho de que la mayoría de los académicos no tenga tiempo para invertir en la institución, ha dado lugar al incremento de la burocracia, ya sea de origen académico o administrativo. La vida de la universidad está regida por reglas que atentan contra la vida académica; por lo menos eso es lo que se puede observar en los estudios e investigaciones recientes.

En este sentido también hay que apuntar que la evaluación diagnóstica y formativa otorga al académico, como protagonista del trabajo, la posibilidad de pensar su trabajo como proceso, como tránsito, como construcción de algo y no sólo como producto final a lograr.

ADIUC: Sin embargo, hay como una sumisión o aceptación respecto del colectivo docente universitario quienes nos disciplinamos en estas convocatorias. Es una lógica universal y al mismo tiempo se rige por algo que le da legitimidad.

S.G.S.: Exacto, lo que le otorga legitimidad es que la mayoría de los académicos hemos aceptado este tipo de programas. Ya después de 30 años se puede decir que fue el grupo llamado de la comunidad científica ...

ADIUC: ¿Qué científicos?

S.G.S.: En aquel momento en México podías identificar un grupo de investigadores establecidos en la UNAM, en el Instituto Politécnico Nacional, en el Colegio de México, etc. Era un grupo identificado como la comunidad científica, porque eran investigadores establecidos en posiciones de poder y de autoridad, además de ser los que tenían una trayectoria académica muy reconocida. No hablo de un grupo con membresía, en el que puedes contar sus miembros, sino que se trata de un grupo virtual conformado por quienes coincidían en sus intereses, en cómo veían la coyuntura en ese momento y en cuál era la solución. Tuvieron la suficiente fuerza y organización para crear el Sistema Nacional de Investigadores, para ocupar las posiciones más importantes en el CONACYT, en las asociaciones científicas y para ser líderes en investigación.

En retrospectiva, se los podría reconocer como los pioneros de este tipo de programas que los impusieron, de alguna manera, porque disputaron por ellos y ganaron dicha disputa. Pero creo que hoy no existe un grupo similar. Sí existe una burocracia fuertemente establecida, grupos internos y externos a las universidades que tiene un poder real para sostener estas cosas, pero creo que ya no podemos hablar de imposición.

En términos sociológicos y retomando a Pierre Bourdieu, considero que es más adecuado hablar de "complicidad ontológica" entre los universitarios y las burocracias dedicadas a la administración y a la gestión de las instituciones y de la ciencia. Es decir, todos los que habitan el campo universitario y el campo científico han aceptado las reglas del juego vigentes, les gusten o no dichas reglas. Todos las aceptan aunque sea por razones muy diferentes. La coincidencia está en que cada uno lo hace por velar por sus intereses particulares. Cada grupo y cada individuo, utiliza estas políticas y estos programas –los implementa, desarrolla o consume- como estrategias de sobrevivencia. La cuestión es que en esa dinámica, dichas estrategias retroalimentan y reproducen las políticas. Así es como han proliferado los premios, las listas, los padrones, los perfiles de excelencia... es como una bola de nieve. Mientras más se difunden las "formas" de la calidad y de la excelencia, más se reproducen como "formato".

En esa dinámica, los grupos que tienen mayor capacidad de imposición lo que hacen es generar nuevos criterios de distinción: como las citas, el factor de impacto. Esto es un círculo que se va alimentando a sí mismo y ha llegado a lo absurdo. Por ejemplo, si todos tienen que tener un premio, el premio deja de existir como tal.

ADIUC: ¿Crees que es posible pensar en cambiar estos procesos y estos dispositivos de evaluación académica en la medida que están generando este proceso de homogenización?

S.G.S.: Creo que sí. Primero, deberíamos hacer el intento de articular un acuerdo entre todos los universitarios. Hay académicos que aceptan las reglas del juego de estos programas, porque gracias a ellas pudieron lograr condiciones propicias de trabajo. Eso ocurrió en aquellas instituciones o dependencias, en las que el presupuesto estaba totalmente centralizado y se distribuía en forma discrecional, según criterios políticos o de amiguismo, más que por criterios académicos. Entonces, para todos ellos, las políticas vigentes han tenido un efecto positivo. El contar con fuentes de financiamiento y con evaluadores externos les facilitó construir su independencia, desarrollar y consolidar una posición en el interior de las instituciones. Sumado a lo anterior, hay que decir que, a

partir de estas políticas, no solamente los individuos se vieron comprometidos en esta dinámica. También las instituciones, los programas de posgrado, todos piensan ahora desde y con esta lógica: si quieren un presupuesto adicional al subsidio, tienen que hacer sus planes de desarrollo siguiendo los lineamientos de los Programas destinados al mejoramiento y al fortalecimiento institucional.

Habría que restituirle al Curriculum Vitae esta función original, como modo de presentación de una persona. ¿Se puede mejorar? ¿Se puede actualizar? Sí, claro que se puede mejorar y se puede actualizar, lo que no se puede (o no se debería hacer) es confundirlo con un instrumento de evaluación; porque el Curriculum Vitae no sirve para evaluar, sólo muestra los puntos de llegada a lo largo de una trayectoria, pero no permite discernir la calidad, la pertinencia, etc. del trabajo desarrollado.

ADIUC: Pensar en cambiar...

S.G.S.: Pensar en cambiar requiere un acuerdo. Todo el mundo tiene una dosis de malestar mayor o menor con todo esto que se ha burocratizado, porque en la práctica significa perder tiempo, perder energía. Además, este imperativo casi cotidiano de

"a ver ¿a dónde me clasifico?" en cada formato a llenar, es un ejercicio muy violento; ha sido un campo de cultivo para la descalificación, de proliferación de secretos a voces, donde todos somos simuladores. Diría que esta dinámica atenta hasta contra la dignidad de las personas. Hay que sentarse a discutir entre todos los grupos involucrados, que prácticamente son todos los sectores de la universidad, salvo los que ustedes llaman los no docentes y nosotros llamamos administrativos de confianza o de base, pero hay que advertir que, por ejemplo en la UNAM, este sector también tiene programa de incentivos y de becas. Entonces, primero hay que negociar. Hay cosas "simples" para negociar. Una de ellas: aceptar de una vez por todas que lo que se está haciendo a través del Curriculum Vitae no es evaluación académica.

Podríamos decir que mientras se han fortalecido estas formas de informar y estas formas de "evaluar", lo que ha desaparecido es la evaluación académica. Hace falta que todos aceptemos que lo que se está haciendo desde hace 30 años -y en formas cada vez más perfeccionadas- es un recuento curricular. Tendríamos que ponernos de acuerdo primero en eso: lo que se llama evaluación académica no es evaluación académica, es recuento curricular; y paso seguido haría falta preguntarnos ¿Para qué queremos hacer recuento curricular? ¿Para distribuir recursos? Entonces, si es así vayamos separando problemas. Una cosa es evaluar académicamente y otra cosa es distribuir recursos económicos y simbólicos. El Curriculum Vitae originalmente es una forma de presentación de una trayectoria individual, que permite discernir la pertinencia de dicho individuo para ocupar cierto puesto de trabajo. Habría que restituirle al Curriculum Vitae esta función original, como modo de presentación de una persona. ¿Se puede mejorar? ¿Se puede actualizar? Sí, claro que se puede mejorar y se puede actualizar, lo que no se puede (o no se debería hacer) es confundirlo con un instrumento de evaluación; porque el Curriculum Vitae no sirve para evaluar, sólo muestra los puntos de llegada a lo largo de una trayectoria, pero no permite discernir la calidad, la pertinencia, etc. del trabajo desarrollado.

Un ejemplo que comento siempre acerca del impacto de un trabajo académico es el de una colega que dice: "yo tengo una cantidad importante de citas y la mitad de esas citas han sido en contra de mi trabajo, para criticar mi trabajo. Incluso, dicho texto es parte obligatoria de la bibliografía, pero es usado para decirle a los alumnos: esto es lo que no hay que hacer". Es cierto que esto ocurrió en un momento en particular y muchos años después el texto perdió ese estigma, pero cito este ejemplo porque demuestra que la cantidad de citas en sí mismas no tiene un solo significado. En términos de instrumento de evaluación, el Currículum Vitae para lo único que sirve es para tener un vistazo general, sinóptico de una trayectoria escolar, académica, laboral o profesional, dado por los puntos de llegada y por los productos tangibles.

ADIUC: ¿Qué es lo que tendría que estar contemplando entonces la evaluación académica?

S.G.S.: Yo pienso que no hay mucho por inventar, porque esto se ha trabajado muchísimo. Existe una diferenciación ya muy establecida entre evaluación sumativa y evaluación diagnóstica y formativa. En este contexto, el recuento curricular es evaluación sumativa ¿Por qué? Porque se trata de sumas de productos. Con criterios y procedimientos de ponderación más o menos sofisticados, la evaluación sumativa lo único que hace es medir, cuantificar. Todo lo que no se puede cuantificar, queda fuera. A eso llámenle evaluación sumativa pero no es evaluación. Por el contrario, la evaluación diagnóstica y formativa es la que te permite pensar críticamente lo que has hecho, hacer un balance de cómo te has ido aproximando a tus propósitos, cuáles son todos los factores que han influido en que esto sea lo que has logrado. No tiene la finalidad simplista de decir "malo" o "bueno", sino que sirve para poder ir encauzando el proceso hacia los objetivos de tu trabajo y que tienen que ser los objetivos de la universidad: formar buenos profesionales, producir conocimientos que permitan el avance de las ciencias, la tecnología y la cultura, conectarse con la sociedad para retroalimentar la vida social a través de los servicios que la universidad está obligada a dar moralmente, políticamente, ideológicamente.

La evaluación formativa y la evaluación diagnóstica son campos muy desarrollados. Hay que capitalizar lo ya producido y probado, porque esta concepción de evaluación lo que permite es justamente mejorar el trabajo académico y te permite ver cómo te vas realizando individualmente, a medida que se va realizando un proyecto de universidad. Justamente lo que se pretende con la evaluación diagnóstica y formativa es reconstituir ese tejido de la colegialidad, que le da el sentido a la universidad y más a la universidad pública. Este tipo de evaluación inhibe la competencia entre los académicos, porque si bien la evaluación es discernir un juicio de valor con respecto a algo, ese juicio de valor es sobre la persona pero lo es en función de la tarea que te has propuesto, de las condiciones en que se están desarrollando estas tareas y de cómo esa combinación de factores lleva a algo que no puede ser totalmente previsible. En este sentido también hay que apuntar que la evaluación diagnóstica y formativa otorga al académico, como protagonista del trabajo, la posibilidad de pensar su trabajo como proceso, como tránsito, como construcción de algo y no sólo como producto final a lograr.

ADIUC: Hay que pensar entonces los espacios institucionales o espacios de construcción colectiva a través de los cuales habría que canalizar este tipo de propuestas. En ese sentido el hecho de que sea el gremio docente el que nos esté proponiendo

pensar y trabajar puede ser una instancia interesante. Esto de imaginarse y construir propuestas alternativas que también tengan algún tipo de efecto...

S.G.S.: Eso es básico. Retomando lo de las diferencias con México, ustedes en Argentina tienen algo muy propicio y es que funcionan las asociaciones gremiales. Allá el sindicato de académicos prácticamente no existe, ha sido abandonado por el mayor porcentaje de académicos. Existen muchas asociaciones de índole científica y de profesionales pero las gremiales no están preocupadas por estas cosas. Creo que propiciar la agremiación es fundamental porque todos los efectos de estas políticas han llevado a individualizar los intereses y las apuestas en la Universidad. La situación actual no se puede resolver individualmente. Creo que las asociaciones gremiales de profesores e investigadores tienen un papel muy importante a cumplir, de hecho hay que fortalecerlas. En México se intentó pero no ha sido fructífero. Ahora puede que haya otra oportunidad a partir del problema grave que plantea la jubilación, por esta composición del salario que te comentaba. Nadie quiere jubilarse porque le queda un ingreso mínimo, al perder los ingresos por becas e incentivos. Me imagino que ahora algo puede cambiar... la crisis económica ha afectado mucho la bolsa de recursos a repartir; no de salarios, sino de recursos que se distribuyen mediante incentivos y becas. Posiblemente. Ojalá haya un resurgimiento en México de los cuerpos colegiados, una verdadera asociación gremial. ●

Susana García Salord

Radicada en México desde 1977, realizó sus estudios de posgrado en la Universidad Nacional Autónoma de México, siendo Maestra en Sociología y Doctora en Antropología. Es Investigadora Titular del Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas y en Sistemas y profesora en el Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Miembro del Seminario de Educación Superior y del Consejo Mexicano de Investigación Educativa. Son reconocidos sus aportes al estudio de la especificidad de Trabajo Social, a la investigación acerca de los mecanismos de formación en valores en la práctica escolar cotidiana. Su línea de investigación trata sobre los procesos de conformación y reproducción de los académicos mexicanos y la genealogía de los espacios institucionales.

Javier Blanco

Es Doctor en Informática por la Universidad de Eindhoven, Países Bajos. Se desempeña como Profesor Titular de la Facultad de Matemática, Astronomía, Física y Computación (Famaf) de la Universidad Nacional de Córdoba. Investigador Categoría I del Programa de Incentivos a docentes investigadores de universidades nacionales de Argentina. Es Director del Programa Objetos Tecnológicos e Información (Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba), Coordinador del Grupo Dedalus de Investigaciones sobre la Técnica y Director de la Maestría en Tecnología, Políticas y Culturas (Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba). Desde 2017 es Secretario General del gremio de docentes e investigadores de la UNC, ADIUC-CONADU.

ADIUC
GREMIO DE LOS DOCENTES E INVESTIGADORES UNIVERSITARIOS DE CÓRDOBA
Instituto
Oscar Varsavsky

adiuc.org.ar